

El objetivo final

Las negociaciones en torno al proyecto de Estatut de Cataluña pueden recibir un importante impulso el lunes. Ese día, el presidente Suárez dialogará en la Moncloa con Joan Reventós, Jordi Pujol y Antonio Gutiérrez Díaz, respectivamente. Esos encuentros deberán favorecer la búsqueda de puntos de coincidencia en aras de conseguir el objetivo final de la recuperación de la autonomía catalana.

Alejadas las tensiones de las primeras horas en que comenzó a debatirse el proyecto de Sau, se ha evidenciado la conveniencia de abrir un turno de negociaciones entre el jefe del Gobierno y presidente de UCD, y los líderes catalanes que encabezan formaciones que recibieron el respaldo popular. Porque, si el objetivo es el autogobierno de Cataluña, cualquier medio para alcanzarlo será, no sólo lícito, sino aconsejable, con tal de que se ajuste al marco constitucional y no contradiga, por tanto, los hábitos tradicionales de las democracias parlamentarias. Pues conforme ha manifestado Jordi Pujol «la declaración colectiva de no ir a negociar a la Moncloa no era realista».

Así, la vía elegida, que no va a suponer la marginación de ninguna de las voces legitimadas por el electorado, acortará la distancia existente entre los deseos mayoritariamente expresados por los ciudadanos de Cataluña y la finalidad propuesta. Y ello, no sólo porque la autonomía es un derecho histórico de Cataluña, sino también porque, como se ha insistido repetidamente, la estabilidad de España en general discurre, asimismo, por el camino de las aspiraciones catalanas.

De todo ello están muy percatados los parlamentarios que estos días, en Madrid, se encuentran empeñados en dar cima a la tarea que les fue confiada en el Principado. Como también lo deben estar quienes ocupan la cúspide del partido en el Gobierno, y que, en el ejercicio de su responsabilidad, se han decidido por el diálogo directo con aquellos que representan a las principales fuerzas en acción, dentro del arco político catalán.

El buen sentido, en aras de la eficacia, se ha impuesto. Innecesarias parecen ahora pasadas polémicas que contribuyeron a crear un cierto clima de recelo en algunos sectores de la opinión pública. Porque si la opinión pública del resto de España ha demostrado ser favorable a las autonomías, y a la autonomía catalana en un grado muy superior al que se registraba en 1931 y 1932 —cuando estaba en discusión en las Cortes el proyecto de Nuriá—, bueno será evitar cualquier torpeza que pudiera poner en peligro esta buena disposición.

La fórmula de la negociación personal, junto a la continuidad de los debates en el seno de la Ponencia, refrendado todo ello por la Comisión de los 21, culminará, no lo dudamos, en la aprobación de un Estatut, cuyas bases —los propios representantes en Cataluña del partido en el Gobierno lo han reiterado— sean las propuestas contenidas en el proyecto redactado en Sau.

Un éxito y varios enigmas

TANTO los comunicados de la Dirección General de Seguridad, como las manifestaciones hechas ayer en rueda de prensa, no dejan lugar a dudas en cuanto al éxito de la policía madrileña con la detención de dos presuntos y peligrosos miembros del GRAPO. Todos los datos revelan plena responsabilidad de los dos detenidos en una serie de siniestros sucesos, entre otros los asesinatos de un general y de varios defensores del orden público, así como la participación directa en la colocación de la bomba que estalló en una cafetería madrileña, ocasionando, entre otras víctimas, la muerte de ocho pacíficos ciudadanos.

Al parecer, una «fuga» informativa ha entorpecido, lamentablemente, la brillante operación cuyo objetivo es la detención de los elementos que se supone implicados en tan criminales actividades, pertenecientes todos ellos a esa misteriosa banda de asesinos autodenominada GRAPO sobre la que los españoles quisieran saber algo más de lo que hasta ahora se nos ha explicado. Pues, así como de la organización terrorista vasca se tiene una idea bastante concreta en cuanto a sus orígenes, composiciones y fines subversivos que persigue, del mencionado GRAPO tan sólo han llegado informes que les atribuye relación con el llamado Partido Comunista Reconstituido, sobre el cual, asimismo la información es más bien escasa y confusa.

Suponemos a los servicios de inteligencia española sobre la pista de tan declarados enemigos del Estado y de nuestra sociedad y que la operación en

Ideologías

¿Una crisis de convicciones?

HACE unos cuantos años, un distinguido escritor español publicó un libro que, de pronto, pudo sorprender e incluso persuadir a determinado tipo de lectores. El «bouquin» se titulaba «El ocaso de las ideologías». ¿O era «El crepúsculo»? No importa. De hecho, se trata de un papel que, con su propia elocuencia, venía a autorrefutarse: pura «ideología» de la primera página a la última, sólo sirvió para demostrar, en el supuesto de que hiciera falta, que todas las «ideologías» —empezando por la suya— aún seguían vivitas y coleando, quizá más pimpantes o agresivas que nunca. El tiempo transcurrido desde entonces, y no es poco, casi un par de décadas, así lo ha certificado. Y no sólo a nivel electoral. Ahí están, en pie, antagónicas o emparentadas, las «ideologías» presuntamente condenadas a extinguirse, y por ellas la gente continúa pegándose tiros, si llega el caso, valga la referencia. No creo que valga la pena detenerse en precisar qué hemos de entender por «ideología». Es suficiente tomar la palabra en su acepción más corriente y vulgar. Conviene advertir que la obra en cuestión es anterior al Mayo del 68, si no me equivoco. El Mayo del 68 fue, precisamente, una apoteosis de «ideologías»...

Tal vez, alguien, con reticencias en el buche, o con nostalgia, lance una insidia con el verso de Villon: «Mais où sont les neiges d'antan?» Pues bien: no han dejado de estar donde estuvieron. Que la mayoría de los protagonistas de aquel famoso episodio universitario de París, hoy, se hayan «integrado» en el llamado «sistema», y se hayan convertido en médicos, ingenieros, profesores, «cuadros» de cualquier especie, y, sobre todo, en padres de familia, echando barriga, levemente calvos o canosos, presuntamente conservadores, no significa nada. O significa que, sin darse cuenta o dándose cuenta, se desplazaron de territorio «ideológico». Pero con ellos no acaba la historia. Las generaciones siguientes no han cejado en sus discrepancias: las reproducen, a su aire, con mayor o menor estridencia. Y no digamos ya lo que ocurre al otro lado de la trinchera. La actual reviviscencia del fascismo entre los jóvenes no es un secreto para nadie: pasquines, reyertas, mítines, desfiles, «zonas nacionales» acotadas, revelan que esa «ideología», aparentemente vencida tras la última guerra mundial, recobra posiciones, si es que de veras alcanzó a perderlas. La violencia usual, sea del signo que sea, es un testimonio «ideológico». Y no descarto a la de los delinquentes comunes, que diría un abogado.

¿Los «pasotas»? A eso quería llegar. Las personas formales, indefectiblemente adultas y más que adultas, suelen escandalizarse ante el fenómeno. Habría mucho que hablar acerca del asunto. Yo siento un gran respeto por la especie. Nadie es «pasota» porque sí. Mejor dicho: casi todos son «pasotas» porque sí. Tienen sus «razones» para serlo con una clarividencia a ratos plausible. El que se molesten en explicarla o no, ya es otro problema. El «pasota» de la indolencia, del porro, de la murga, de la negociación, no es un «indiferente»: todo lo contrario. El primer pasota que ingresó en los anales de occidente fue, sin duda, Diógenes el Cínico: aquel tío del tonel y la linterna, según la leyenda. El venerable Diógenes fue un «filósofo», con una doctrina —suya o atribuida— coherente. Me temo que los pasotas del día también, en sus momentos de lucidez, sostienen una «filosofía». La misma opción por la droga, en última instancia, es una decisión, no diré «metafísica», pero sí «moral». Y ¿qué «moral» no se atiene a una «metafísica» previa? Algunos pasotas no lo son tanto, y se toman la molestia de editar versos, discos, divagaciones teóricas, exabruptos autobiográficos. Y enseñan la oreja.

Confieso rápidamente que a mí, en términos generales, la «metafísica» y la «moral» subsiguiente, sean las que fueren, son cosas que me tienen sin cuidado. Todo eso es «ideología», y ya en el sentido marxiano del vocablo. «Hacer y dejar hacer», en principio, me parece una buena consigna. También «ideológica», lo admito. Sospecho que, en definitiva, nunca dejaré de ser un «liberal» repugnante, tonto, a fuerza de ingenuidad. No me engaño: sé que una tal actitud es de fácil asunción por el «tinglado». El ya olvidado Marcuse denunciaba justamente estas resoluciones. La suya, en el fondo, no era más «revolucionaria». El lío es tremendo, si bien se mira. Porque los pasotas, que cuentan con mi envidia, se limitan a hacerles un corte de mangas a tiros y troyanos. Los tiros son unos y los troyanos otros: una pugna objetiva y dolorosa. Digamos: la lucha de clases. Pero ¿y los «declassés»? No sé lo que ocurre en las sociedades socialistas industrializadas; pero en las del área capitalista, el bloque de los «declassés» crece de manera galopante. Ya no es el «lumpen» la única rémora. Los pasotas, estadísticamente modestos todavía, aumentarán en número a medida que el embrollo se alarga. Son los parásitos que crea el mecanismo social: odian santamente el trabajo, y se resignan a las consecuencias.

Capitalistas y socialistas han montado sus respectivos sistemas sobre el trabajo. El vicario de mi parroquia me diría que todo eso deriva del «pecado original». Nunca se sabe, claro está. Ironías aparte, la evidencia abrumadora es que los pasotas y los semipasotas se multiplican en cifras gloriosas. Como los fascistas. El pasota es pacífico, pasivo, bondadoso; el fascista ataca, muerde, pega, mata. El desdén del trabajo es simétrico. Y es inevitable que alguien trabaje para que ellos —y el resto de los parásitos, encorbados, metidos en escalafones o en consejos de administración— vayan tirando. Siempre ocurrirá así: el pasota o el fascista, para serlo, necesitan que los demás no lo sean, penquen y paguen. Como antiguamente los anacoretas y los monjes, como hasta anteaer los clochards, los bohemios, y demás familia. Se me argüirá que muchos no trabajan por falta de ocasión. Y es cierto. Cuando por aquí se habla del «paro», la costumbre es reducir la noticia a la contabilidad oficial. Los pasotas son «parados», unos «parados» más, obligados a serlo, y, en consecuencia, a adoptar una «ideología» —y una conducta— que no cuadra ni con el capitalismo ni con el socialismo.

Con todo, a diferencia de los fascistas, los pasotas no ponen demasiada convicción en lo suyo. Si la pusieran, se convertirían en «revolucionarios»: ¡y tanto! Podrían ser dinamita pura. Pero ¿para qué? «Pasan» de la «revolución», porque intuyen que, tal como funcionan las «revoluciones» en marcha, ellos seguirían siendo pasotas. La suya, como mucho, sería una revolución ácrata. Pero, aunque quizá nunca ha habido por acá tantos verdaderos ácratas como hoy —los anarquistas de antaño eran otra cosa; trabajadores, «el proletariado militante» de don Anselmo—, las esperanzas resultan irrisorias. No puede haber, ni siquiera como broma conceptual, una «revolución pasota». La literatura que se ha producido desde este ángulo da pena: ni siquiera es divertida. Pero, para desmentir «el crepúsculo de las ideologías», si no bastaban las huelgas, los lockouts, la televisión, los consejos de guerra, los partidos políticos y sus urnas, el terrorismo, las dictaduras sangrientas, las guerrillas urbanas, la CIA y todo eso, tenemos los chicos que «pasan de todo». O, si no de todo, de mucho. Ya se harán mayores, sí. Y entonces ¿qué? Es la reflexión que ellos mismos habrían de plantearse. No yo: yo ya estoy fuera de juego.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LOS SUPERVIVIENTES DE LA TRAGEDIA DE «LOS ALFAQUES»

Señor Director: En los últimos días se ha escrito mucho sobre «el cansancio de España» de los turistas europeos y se ha meditado sobre sus diversas causas. Pero nadie en España ha mencionado la causa más triste y seria: En Francia, Bélgica, Alemania Federal y Holanda esperan las víctimas supervivientes de la tragedia del camping «Los Alfaques» la ayuda de España.

Desde hace un año sufren dolores, trasplantes de piel, operaciones y amputaciones. Muchas de estas personas van a quedar inválidas para toda su vida. Hasta ahora han pagado los diversos seguros sociales de sus países el tratamiento médico. Pero después de un año, ¿cómo pueden seguir estas personas incapacitadas de ganar su vida? ¿Cuándo recibirán las prometidas indemnizaciones? Se sabe que el Estado español tiene el 72 % de acciones en la compañía Enpetrol. ¿Es posible que el Gobierno español cierre los ojos ante la triste realidad de que estas personas necesitan ayuda antes de que la burocracia cumpla su trabajo con conocida lentitud.

Cuando los periódicos de España han recordado a los 213 turistas fallecidos,

los diarios de Francia, Bélgica, Alemania Federal y Holanda publicaron la triste realidad de las víctimas supervivientes y muchos turistas pertenecientes a estos países preferían dirigirse a otros países para pasar sus vacaciones.

Es bueno recordar a los muertos con flores, pero el derecho es de los vivos.

Ana GEIXENER

AHORRO DE GASOLINA

Señor Director: Desde hace algún tiempo se han abierto algunos establecimientos dedicados exclusivamente a colocar un dispositivo en los coches que, aparte otras ventajas, según afirman, suponen el ahorro de un 15 a un 20 por ciento de gasolina. Mi pregunta es: ¿Es cierto? De ser así, ¿por qué los nuevos coches no salen de fábrica con este dispositivo colocado o se hace obligatoria su colocación como ocurrió con los cinturones de seguridad? Ello supondría un ahorro muy importante que difícilmente podrá conseguirse con otras medidas. Ahora bien, si no es cierto, ¿cómo se permite que exista una industria y un comercio que no cumple más función que la de engañar al público?

Me gustaría conocer el criterio de personas expertas en la materia.

R. RUIZ

SUCIOS DOMINGUEROS

Señor Director: Hace ya tiempo que hago el trayecto Barcelona-Castelldefels, y cada día me indigno al observar a ambos lados de la autovía, los pinares llenos de papales, plásticos, botellas, fruto de la estancia en los días festivos de los barceloneses o vecinos de pueblos próximos.

Es muy lógico que se pueda disfrutar de esas pinedas, de su sombra, de su proximidad al mar, de su brisa refrescante, pero es inadmisibles que cuando desaparecen estos domingueros (y que eso de domingueros no represente ningún epíteto despectivo, pues tan sólo significa que trabajan toda la semana y sólo disponen para su esparcimiento del domingo), pues bien, repito, cuando estos domingueros desaparecen el espectáculo que dejan es deprimente en cuanto a suciedad y falta de consideración al prójimo.

Podrá argüirse que, cuando llegan, las pinedas ya están sucias, pero si son capaces de permanecer sobre tanta suciedad, son tan incíviles como los que las ensucian.

Tan sólo, y como colofón, brindo a los ecologistas, que tanto se movilizan cuando les interesa, que formasen unos grupos y delante de estos sucios domingueros recogiesen tanto desperdicio, y les hiciesen ver que la Naturaleza es de todos.

A. BLASCO

EL ZOO DE BARCELONA

Señor Director: La reciente pérdida de un valioso ejemplar de hipopótamo en el Zoo barcelonés ocurrida hace poco, a causa de una obstrucción intestinal provocada por la ingestión de una pelota de plástico arrojada por algún gamberro; debería ser la gota de agua que rebosa el vaso de la paciencia de aquellos barceloneses que todavía aman esas expresiones de ciencia y cultura que, sin duda son los parques zoológicos, y que por su grado de civilización y raciocinio repudian esta clase de vandálicos actos.

Según noticias fidedignas publicadas por la prensa, existe un informe según el cual el Zoo barcelonés pierde un animal cada día por similares actos que atentan a la vida de los animales albergados.

Ante este estado de cosas en nuestro Zoo barcelonés, cabe preguntarse qué es lo que falla, además de los causantes de esos desmanes. ¿A qué esperan los responsables del Zoo para poner fin a tamañas tropelías, que son una vergüenza, no sólo para el parque sino también para la ciudad que lo cobija?

Si no existen suficientes guardas, que se aumente la plantilla, con lo que, además de lograrse una mayor vigilancia en extensión, se dará trabajo a algunos de los muchos parados que, por desgracia, existen y que no desean otra cosa más que un puesto de trabajo. Si la causa no es la insuficiencia de personal, sino el hecho de que el mismo no cumple con sus obligaciones, pues que se sustituyan por otros guardas que cumplan con su cometido, que es el de vigilar y multar a los desaprensivos. Y si las causas vienen de más arriba y es por culpa de la dirección, pues que se sustituya la dirección por otra que sea capaz de terminar con esta vergüenza.

Lo único que no puede hacerse es seguir tolerando esa clase de desmanes en una ciudad como Barcelona que siempre ha destacado por sus expresiones de cultura en muy amplios y diversos aspectos.

José PRAT JULIA

GAMBERRISMO CRECIENTE

Señor Director: En «La Vanguardia» del 24-6-76 leí un

artículo firmado por Jordi Bordas y titulado «Campana municipal contra los ruidos nocturnos». Me alegró al pensar que pronto se acabarían las torturas ruidosas, pero en seguida recordé que hace bastantes años apareció una noticia parecida por parte de las autoridades, hablando de la instalación de máquinas medidoras de decibelios, de multas, etcétera, y que en aquella ocasión dije a mi mujer: no será verdad tanta belleza.

En efecto, vivimos en un país donde se dictan las más acertadas leyes y disposiciones, pero después es tal nuestra ineducación general, el gamberrismo creciente y la vista gorda, que todas las ordenanzas resultan letra muerta. Y así continuaron años y años los ruidos intolerables nocturnos, y diurnos el amanecer, al mediodía y al atardecer, o sea a todas horas.

Si no se hacen cumplir las leyes, es mejor no publicarlas, pues se desprestija el legislador. Los gamberreros motorizados no pertenecen a la especie humana, pues todo hombre normal tiene un algo de sensibilidad y respeto hacia el que sufre. El gamberro de la moto carece de ella e incluso parece regocijarse con la desgracia. Si le amonestas suavemente, te insulta. Pasará con su moto estridente a todo gas, solo o con su novia, por junto a hospitales, clínicas y parques donde descansan ancianos, dará mil vueltas a la misma manzana imposibilitando toda conversación a sus moradores, como si intentara un campeonato de decibelios. A estos tales es inútil decirles que fomentan enfermedades nerviosas y mentales. Se rien. El único lenguaje claro para ellos es el de las multas fuertes y pagadas en el acto. Lo demás es música celestial.

Un delito más grave e incluso un crimen podrán tener algún atenuante por las circunstancias que lo rodean. El gamberro, no; se comete fríamente y adrede: ruidos insoportables e innecesarios, destrozos de cabinas telefónicas, arranque de listones o tablas de los bancos en los paseos, juegos de fútbol en los jardines y un largo etcétera, deberían suprimirse a limpia multa. ¡Ojalá me equivoque ahora y la Guardia Urbana logre erradicar esta plaga!

UN PACÍFICO CIUDADANO

(Más cartas en la página siguiente)

N. de la R. — Escogemos con preferencia para la publicación — íntegra o condensada, según el espacio — las cartas breves, escritas a máquina por una sola cara que puedan aparecer firmadas con nombre y apellido.

Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta, y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.